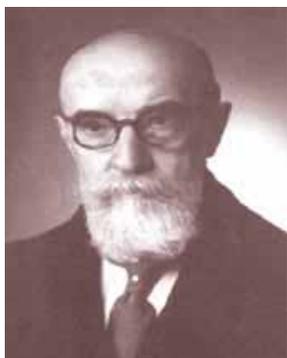


LA OBRA DEL “CATÓLICO FRANCÉS”

nacido en Loos-lès-Lille el 24/9/1880,
fallecido en Froidmont (Bélgica) el 13/11/1970.

Una visión de la creación y del Mundo Antiguo conforme a la Sgda. Escritura



Fernand Crombette

Fernand Crombette hace pensar a un estudioso de otros tiempos. Autodidacta, investigador solitario, metido entre su estudio y las bibliotecas, trabajando solamente para la posteridad, sin preocuparse de ser conocido y de reconocer, madrugador, estudiando sin descanso, parece querer esconderse totalmente detrás de su obra. Quiriendo quedar desconocido, firmaba sus obras: *“un católico francés”*. ¡Qué hermosa lección de humildad!..

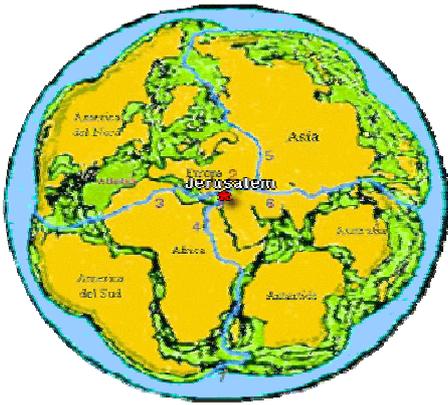
Pero también ¡qué obra!... Enteramente escrita entre 1933 y 1966, tras una ejemplar carrera administrativa, abarca la mayor parte de las “materias” contemporáneas, sobre cada una de las cuales derrama la luz de un notable espíritu de síntesis basado, con una inquebrantable convicción, en la imposibilidad de que pueda haber errores científicos e históricos en la Biblia. Tal convicción, por extraño que pueda parecer a muchos espíritus modernos, es el resultado natural de los descubrimientos que a Fernand Crombette le fue concedido hacer; se comprende fácilmente siguiendo el desarrollo de su obra.

Todo empezó con una tarea, una composición sobre el tema “las piadosas mujeres en la Tumba”, que su hija Liane, alumna en la Escuela de Bellas Artes, debía preparar. Quiriendo ayudarla en la reconstrucción histórica, Crombette abre la Biblia y se topa providencialmente con el versículo 12 del Salmo 73: *“Pero Dios, nuestro rey, desde antes de los siglos, ha realizado la salvación en el centro de la tierra”*. En este versículo, que tantos cristianos han leído sin poner especial atención, la Providencia quiso que el estudioso se detuviera. Una idea le viene a la mente: si la Biblia dice la verdad, ¡Jerusalén está en el centro del mundo!

Más tarde descubrirá, durante sus investigaciones, que el Rev.do Padre Placet, monje premonstratense, había escrito en 1668 una obra titulada *“Donde se prueba que antes del Diluvio no existían islas y que América no estaba en modo alguno separada del resto del mundo”*.

El conoce la tesis de WEGENER sobre la deriva de los continentes. Entonces va a las bibliotecas (y al final de su trabajo a la universidad de Grenoble) para consultar los mapas geológicos y batimétricos necesarios, y se pone a reconstruir aquel continente primitivo que los geógrafos hoy día llaman la Pangea. La idea genial de F. Crombette fue de no detenerse (después de hacer pruebas infructuosas) en los contornos actuales de los continentes, que varían con el nivel de los mares, sino de tomar en consideración el borde extremo del zócalo continental, a 2000 metros bajo el nivel del mar, donde el fondo marino cambia bruscamente inclinación para alcanzar el fondo abismal, a -4000 metros. Idea genial, porque las perforaciones submarinas confirman hoy, después de 60 años, que el zócalo granítico continental, bajo los sedimentos marinos, llega precisamente a este punto. Pero es también una idea inspirada por la Biblia, ya que Fernand Crombette había adoptado la tesis cosmogónica de Kant, según la cual “las aguas de lo alto”, separadas por Dios en el momento de la Creación, formaban en torno a la tierra un anillo líquido, cuya caída progresiva alimentó los 40 días de gran lluvia del Diluvio.

Establecidas así las hipótesis de su trabajo, Crombette reconstruye completamente (entre 1933 y 1945) el rompecabezas del continente primitivo, con los bancos e islas actualmente dispersos sobre el fondo basáltico de los mares, y el exacto camino recorrido por cada una de las masas continentales. Y el resultado confunde la imaginación: el continente único presentaba la forma regular de una flor de ocho pétalos, en cuyo centro está Jerusalén.



Hay que subrayar que su trabajo no empezó a partir del centro, sino de las islas Falkland (Malvinas) y del extremo de América del sur. Nace así su **“Ensayo de Geografía... Divina”**, en que Crombette explica la formación de la superficie y la orografía del mundo.

Hecho este trabajo, empieza a mirar a la Biblia de un modo nuevo: la incompatibilidad que existe hoy día entre las cronologías oficiales de la Historia de la Antigüedad y la cronología bíblica es un problema.

En 1830 Champollion fue el primero que sitúa las primeras dinastías egipcias en fechas que se remontan al 6º milenio antes de Cristo, incompatible por lo tanto con la fecha del 2348 a.C. que según la Biblia resulta para el Diluvio. Crombette, que en 1937 vivía en Tournai (Bélgica), va entonces a la Fundación Egiptológica Reina Isabel, de Bruselas, para estudiar la lectura de los jeroglíficos. Y no tarda en poner en discusión el método de interpretación de Champollion, según el cual los jeroglíficos son como una escritura alfabética, mientras que los signos pictográficos o ideográficos (como se ve en China) son anteriores a todo alfabeto y suprimen su necesidad. La famosa “Piedra de Rosetta”, punto de partida de Champollion, representa un decreto tomado del faraón “griego” Tolomeo V Epifanio. Los jeroglíficos traducen el texto griego, y el hecho de que algunos hayan sido escogidos para representar fonéticamente las letras griegas de nombres propios, como Tolomeo y Cleopatra, no significa para nada que esta regla de transcripción pueda aplicarse a los nombres comunes que existían en copto monosilábico (la lengua del antiguo Egipto) antes aún de que se pensara en escribirlos. La Piedra de Rosetta no puede por tanto servir de punto de partida para descifrar inscripciones reales de las dinastías egipcias.

Crombette descubre entonces que los jeroglíficos pueden leerse, para los nombres concretos, como pictogramas monosilábicos, como todas las lenguas primitivas, y más en general como un enigma compuesto en copto antiguo. En lugar de tener que reconstruir una lengua artificial impronunciable e incierta, como lo han intentado los egiptólogos fieles al método de Champollion, Crombette es capaz de leer directamente los jeroglíficos en una lengua conocida (el copto), que ha llegado hasta nosotros mediante los escritos de los lingüistas árabes, a sí como a través de la comunidad copta que, en Egipto mismo, resiste aún a la arabización.

Sobre esta base, nuestro estudioso escribe una Historia de Egipto en 15 tomos: **“El Libro de los Nombres de los Reyes de Egipto”**, resumido luego en tres volúmenes titulados **“La verdadera Historia del Antiguo Egipto”**, más otro volumen, **“Cronología del Egipto Faraónico”**. Esta reconstrucción detallada de la genealogía de todas las dinastías demuestra que Misraim (Rê), fundador epónimo de Egipto, no es sino el hijo mayor de Cam (Amon), hijo primogénito de Noé, y que la llegada de Misraim a Egipto siguió inmediatamente la dispersión de los pueblos en Babel, en el 2197 a.C..

¡Así que, **tanto en Historia como en Geografía, la Biblia ha dicho la verdad!**

Este resultado anima a Crombette a descifrar, con el mismo método del enigma en copto, los jeroglíficos de los pueblos vecinos, étnicamente –y por lo tanto lingüísticamente– vinculados a los egipcios. Así puede escribir **“Luces sobre Creta”** en tres tomos; el primer rey de Creta no es sino el hijo del primer faraón de la primera dinastía egipcia. Estos libros dan la cronología de las tres dinastías cretenses y la historia de cada rey. Sigue a continuación la historia de los Hititas: **“El verdadero rostro de los hijos de Heth”**, en dos tomos. Los hititas descienden de Het, segundo hijo de Canaan (del -2321 al -2121), y Crombette descifra la historia de cada rey hitita (en particular los que dieron a Egipto la 15ª dinastía llamada Hyksôs) hasta la destitución del 95º y último rey de Djerablous, llevado por los Asirios a Nínive en el 717 a.C..

Crombette descubre de paso el origen del reino etrusco y la fundación de Atenas por parte de Cècrope en el -1557, de Argos por parte de Agènor en el -1552, de Tebas por parte de

Cadmos en el -1493. Así se comprende la presencia de los reyes de las primeras dinastías egipcias en la mitología griega: Cronos (Luhabim), Héra (Téleuté), Zeus (Ludim), Poseidón (Nephtuim), etc.. Sus obras sobre Egipto dan la clave del evermerismo. Como dijeron el filósofo griego Evèmero en el siglo 4º a. C., y después los Padres de la Iglesia, los mitos son narraciones imaginarias de sucesos históricos, y los dioses y héroes mitológicos no son sino hombres divinizados después de su muerte.

Después Crombette se lanza a la crítica de la Prehistoria oficial, falseada por el evolucionismo. Tras un largo estudio de la geología, empleando también la onomástica y la toponimia antiguas, escribe la historia de los patriarcas antediluvianos, después la de los hijos de Noé hasta la repartición de las tierras después de Babel. Es su ***“Síntesis prehistórica y boceto Asirio-lógico”***, en dos volúmenes.

Un día, estudiando según su método una inscripción cretense, constata que se trata de una que cuenta la participación del 31º rey de Creta, de la 1ª dinastía, en el funeral de Jacob, padre de José. En efecto, encuentra poco después casi la misma narración en un texto egipcio en que se lee:

“Yendo de camino hacia la morada oculta del Jefe, ocurrió un prodigio cuando se llegó a la etapa que está en la frontera: el río impetuoso, crecido, espumeaba y con violencia se había desbordado; la voluntad del Señor del Cielo hizo que la comitiva llegara sin daño y rápidamente a la otra orilla, por obra del gran profeta”.

Pero el Génesis, cap. 50, que cuenta el entierro de Jacob, no dice ni una palabra de este prodigio. A propósito de lo cual Fernand Crombette escribe: *“El hebreo, como se concibe hoy, es una lengua flexional llamada semítica. ¿Pero estamos seguros de que la lengua de que se sirvió Moisés fuera también flexional y semítica?”*

Recuerda que el Génesis dice que cuando Abrahám, por orden de Dios, fue al país de Canaan (hermano menor de Misraim, fundador de Egipto) se encontró aislado con su tribu en un país camita. Abrahám y sus descendientes por tanto tuvieron que ponerse a hablar en cananeo.

Isaías 19,18 dice que los mismos Hebreos llamaban su lengua el cananeo, idioma hermano del egipcio (utilizado por Moisés, educado en la corte de Egipto, que se ha conservado en el copto). Crombette piensa entonces que **la lectura silábica del hebraico debería poder comprenderse dando a las letras hebraicas una lectura con el copto antiguo**. Intenta así una traducción palabra por palabra del pasaje del Génesis que cuenta el funeral de Jacob.

El fruto de su esfuerzo no tarda en llegar y obtiene:

“Y mientras José, en un religioso respeto, avanzaba bajo el peso del dolor hacia Canaan para hacer llegar el luto a Heth, las aguas, llevadas al punto culminante, se alzarono contra el cortejo de camino. Pero, por una verdadera gran palabra de aquel que tenía la dirección del luto, las aguas, potentemente agitadas, dejaron de derramarse, volvieron atrás, se calmaron y callaron, y la turba notable atravesó el agua del torrente que delimita la heredad de los hijos engendrados por Rê (Misraim), y se inclinó ante Aquel que ES sustancialmente y que el hebreo de Heliópolis teme”.

Convencido de la validez de su teoría, Crombette emprende entonces la traducción del Génesis, hasta el capítulo 11º, y otros pasajes característicos de la Biblia. La traducción que obtiene, en la obra titulada ***“La revelación de la Revelación”*** (publicada poco antes de su muerte en 1970), es de una riqueza insospechada. Crombette descubre así un método de traducción más profundo de la Biblia, suponiendo que su lengua original fuera el copto, lengua monosilábica de Mosè. **Las traducciones que hace, sin contradecir para nada el contenido teológico y moral de la Sagrada Escritura, dan explicaciones más detalladas de los hechos históricos que contiene**. Así, la maldición de Canaan, después de la embriaguez de Noé, resulta poco comprensible en la Vulgata, pues el único culpable parecería ser Cam, mientras

que la traducción de Crombette hace ver cómo la curiosidad de Canaan fue precisamente la causa inicial del castigo de su raza. El problema no es sólo libresco. Crombette muestra como, en el -2187, los Pa-Ludjim (= los de Ludim, nombre bíblico de Thot-Mercurio) que fueron los Filisteos (Pa-Ludjim = Pi-Listin = Palestinos), invadieron el territorio asignado a Heth, entre Hebron y Gaza. Por tanto descienden de Cam, por medio de Misraim. Habiendo formado un texto continuo de esta traducción, dicho trabajo ha sido titulado ***“El Génesis que redescubrir”***.

El Papa Pío XII, en su encíclica *“Humani Generis”*, advirtió claramente que ***“los once primeros capítulos del Génesis... pertenecen al género histórico en un sentido verdadero, que los exégetas todavía tendrán que estudiar y determinar”***.

¿No podría Crombette formar parte de esos exégetas ardientemente suspirados por el mismo Papa, que ya había llamado la atención sobre los estudios bíblicos en la encíclica *“Divino Afflante”*? Habiéndose dado cuenta de **hasta qué punto la Revelación, traducida con el copto antiguo, aclaraba las observaciones de las ciencias profanas y daba una visión coherente y cristiana de la historia humana**, se preguntó si los jueces de Galileo, que se habían basado en la Escritura para condenar el sistema heliocéntrico, no hubiera tenido razón contra el científico italiano. Tanto más que las traducciones con el copto de muchos Salmos describen, en palabras de Dios, los distintos movimientos de la tierra como geocéntricos.

Crombette estudia entonces el fascículo de los dos experimentos de Michelson, primer premio Nobel americano, el cual, de 1887 a 1925, había intentado poner en evidencia la influencia de la traslación de la tierra en el espacio basándose en la velocidad aparente de la luz. Esos experimentos permitían concluir en contra del movimiento supuesto de la tierra entorno al sol; por eso *“fueron ocultados”*, y sus informes son ignorados actualmente por la mayor parte de los físicos. El resultado de sus estudios es una obra en dos volúmenes: ***“Galileo tenía razón... o se equivocó?”***

Así Jerusalén, lugar en que tuvo lugar la Redención, no solo está en el centro de la Tierra, como dice el Salmo 73, sino también el centro del Mundo: el Universo es verdaderamente geocéntrico, y aún más cristocéntrico (por la muerte en cruz de Cristo), lo cual no debería extrañar a los lectores del Nuevo Testamento. San Pablo afirma de hecho (Col. I, 16): *“En Jesucristo han sido creadas todas las cosas... Todo ha sido creado por El y para El”*.

Fernand Crombette ha logrado restituir así a nuestras inteligencias laicistas y materialistas la visión bíblica y cristocéntrica del Universo, la única que permitirá restablecer la verdad completa de las ciencias y de la historia.

CESHE